

"Hablar y escuchar con el corazón para promover un lenguaje de paz"

Cristiane Murray
Vicedirector de la Oficina de Prensa de la Santa Sede

Buenos días a todas. ¡Es un inmenso gusto y honor estar aquí con la UMOFC, pensando también y sobre todo que representamos a mujeres de unos 80 países! Esto es increíble, agradezco a María Lía así como cada una de ustedes y a tantas otras amigas que no están presentes físicamente y que adhieren a nuestra misión. Somos una gran unión, inclusiva, y esto es más que importante. Estamos aquí para compartir nuestros pensamientos sobre la comunicación para la paz, y para reflexionar sobre escuchar y hablar desde el corazón.

"Escuchar con el corazón" es la invitación que hace el Papa en su Mensaje de 2022, citando a San Agustín y a San Francisco, en ambos casos para recordarnos que la verdadera sede de la escucha no es el oído como tal, es decir, no es la capacidad auditiva, sino el corazón, es decir, la capacidad de proximidad. Entrar en comunicación con la realidad que nos rodea saliendo de nuestras preocupaciones y de nuestras cajas cerradas. Sólo escuchando con el corazón "podemos crecer en el arte de comunicar, cuyo centro no es una teoría o una técnica, sino la "capacidad del corazón que hace posible la proximidad" (Evangelii gaudium, 171)".

Escuchando, relejendo, asimilando las palabras del Papa, viviendo, como Iglesia, el camino de la sinodalidad convocada por Francisco en octubre de 2021, el Dicasterio para la Comunicación ha acogido con gusto la invitación del Secretario General del Sínodo a dar su propia contribución, como comunidad eclesial de trabajo. Hemos aprovechado así esta oportunidad como una gracia que hay que vivir ante todo "ad intra", es decir, con nuestros propios trabajadores y colaboradores, implicados en el camino de reforma de la Curia Romana, convencidos de que nuestra labor de comunicación sólo puede ser verdaderamente útil a la Iglesia si redescubrimos la comunión entre nosotros.

A las reuniones sinodales del DPC asistieron 460 personas, es decir, cerca del 85% de todos los empleados y colaboradores que fueron invitados a participar en una de las 22 reuniones de oración, reflexión y puesta en común. La adhesión a la invitación fue voluntaria.

Las reuniones se celebraron en la Palazzina Leone XIII, sede de nuestro centro de producción televisiva y fotográfica, un lugar hermoso e íntimo, que nos permitió organizar una fase de escucha en pequeños grupos de 5-6 personas. Incluso el corto recorrido por los jardines, necesario para llegar a la Palazzina, el punto más alto de la colina vaticana, formaba parte en sí mismo de todo el conjunto.

La propia composición de los grupos, heterogéneos en cuanto a las distintas direcciones, fue una valiosa oportunidad para conocernos mejor, para hablar de nosotros como comunidad, para escuchar y ser escuchados, para conocernos y reconocernos, para aprender algo más unos de otros, no sólo respecto al trabajo que cada uno realiza en el día a día, sino también respecto al propio camino de fe, a la propia familia, a las propias potencialidades, a las propias fragilidades. Poner todo esto en comunión fue vivido por todos como un momento de gracia, una bendición. Una oportunidad para el cambio. Una manera diferente de mirarnos a nosotros mismos. Todos se sintieron libres de compartir propuestas, historias de vida, pensamientos críticos.

Así fue posible reflexionar en profundidad sobre nuestra historia reciente y pasada, compartiendo algunas propuestas significativas de cambio y mejora para un futuro "caminar juntos" más fructífero y eficaz precisamente por ser más comunitario.

El primer ámbito de reflexión común fue el reconocimiento de nuestro ser ante todo una **comunidad**, y del extraordinario tesoro que representan, por una parte, las diversidades culturales, lingüísticas (alrededor de 60 naciones distintas) y profesionales que nos distinguen, y por otra, las diferentes trayectorias vitales que

han llevado a cada uno de nosotros a una llamada personal al servicio del Papa, experimentando de manera muy concreta nuestra pertenencia a la Iglesia universal.

Y fue también evidente cómo esta verdad necesita ser alimentada por una vida cotidiana marcada por la escucha, por el contacto directo, por el espíritu comunitario y no jerárquico que debe impregnar toda realidad eclesial. Ser llamados por su nombre, ser invitados a hablar libremente, a compartir sus historias y pensamientos, ha sanado muchas heridas y ha recreado una unidad de propósito, una relación comunitaria, una oportunidad para el crecimiento y el cambio.

La relación entre laicos, religiosos y sacerdotes se destacó como una riqueza, en la diferencia de roles y carismas. La conciencia de este "tesoro", de esta misión común, ha alimentado un sentimiento de pertenencia a lo largo del tiempo, y ha cimentado un fuerte sentido de la responsabilidad. Juntos hemos recordado muchos momentos históricos (como la muerte de San Juan Pablo II, los cónclaves, los Jubileos y los grandes acontecimientos litúrgicos, los tantos Viajes Apostólicos), que han dejado en todos un recuerdo agradecido por el gran sentido de la colaboración, del trabajo en equipo, del espíritu de sacrificio, de la experiencia de poder superar los propios límites humanos.

Algunos de los ancianos hablaron de este sentimiento de pertenencia con nostalgia. Los más jóvenes expresaron su deseo de conocer la historia y de estar acompañados para dar lo mejor de sí mismos en la construcción de un gran equipo, para ampliar sus horizontes, para sentirse parte de un camino iniciado por otros que ahora les pasan la estafeta y que necesitan de su ingenio, de su creatividad.

Fue una oportunidad, iniciada y concluida con una oración e iluminada por la lectura del Evangelio, de renovar ese sentido de comunidad y pertenencia.

Hubo una petición unánime de repetir esta experiencia, de no dejar que se convierta en un "episodio"; de "Reunión Sinodal" puede y debe pasar a ser un momento comunitario que se asocie a eventos o celebraciones religiosas, es decir, un modo menos formal de estar juntos entre los miembros de una misma comunidad, orientado a un mejor conocimiento de las personas y de las realidades profesionales, operativas y productivas y del Dicasterio.

Comunicar el Sínodo era y es para nosotros ofrecernos como instrumento de comunicación, testimoniando nuestro ser uno, intentando volver a la belleza del encuentro... Por eso, antes de hablar, escuchamos y empezamos por escucharnos a nosotros mismos. Haciendo también un examen de conciencia, una conversación espiritual. Haciendo de nuestro Sínodo una oración compartida. La comunicación, que es nuestro servicio, no podía, no puede dejar de ser sinodal; y precisamente por eso, junto con la comunión, nos hace verdaderamente miembros los unos de los otros.

Este es también el sentido más profundo de que hablemos tantos idiomas (más de 50), y lenguajes mediáticos (periódico, radio, TV, internet, social, podcast).

Hablar el idioma de quienes nos escuchan y escuchar a quienes nos hablan es nuestra misión. Tejer la unidad era y es la razón, el fundamento de nuestro servicio: construir una verdadera red, en comunión unos con otros. Verdaderamente, escuchar tiene el poder de despertar la confianza entre las personas, es lo que teje la comunión entre nosotros, es lo que nos salva del aislamiento.